

juan garcía hortelano
el gran momento de
mary tribune



«El gran momento de Mary Tribune», publicada por vez primera en 1972, cuenta la historia de un grupo de amigos en las fronteras de la juventud que ven sus costumbres, su educación sentimental y sus ideas preconcebidas violentadas por la irrupción de un personaje obsesivo y extravagante, Mary Tribune, una norteamericana con la que el narrador liga accidentalmente durante una noche disparatada. Ese ligue será el detonante de una serie de conmociones que afectarán al odio, el deseo, la envidia y la integridad de todos los personajes, abocados a escenificar una comedia de errores de honda densidad moral y fina expiación irónica. Maestro en la construcción psicológica de los personajes y en la articulación del diálogo, Juan García Hortelano ofrece aquí una de sus novelas más memorables e hilarantes.

«Cependant, j'ai dix ou douze charpentiers en l'air, qui lèvent ma charpente, qui courent sur les solives, qui ne tiennent à rien, qui sont à tout moment sur le point de se rompre le cou, qui me font mal au dos, à force de leur aider d'en bas. On songe à ce bel effet de la Providence que fait la cupidité; et l'on remercie Dieu qu'il y a des hommes qui pour douze sous veillent bien faire ce que d'autres ne feraient pas pour cent mille écus.»

MARQUISE DE SÉVIGNÉ

I

NENÚFARES, A SER POSIBLE

Entonces –y maldita la falta que hacían ya– llegaron y me preguntaron que qué pasaba. Que no pasaba nada, les dije. Sólo había sido un susto, pero no pasaba nada. Tub, nada más sentarse, fue la primera en pedir copa. Ni yo sabía qué cantidad de alcohol podían albergar los muros de la casa, a excepción del que contenía mi cuerpo, así que cada uno, a su aire, se buscase de beber. Dicho y hecho. Por fortuna, en aquellos días había remitido la manía de consultarnos todo unos con otros, que años atrás puso de moda José María y que nos había inundado la existencia de citas, confidencias, contracitas, despechos, ardores e inercia volitiva. En aquellos días los teléfonos habían ladrado poco. De ahí que creyese yo extrañarla por causas temporales, hasta que acabé de percibir que a Tub le asomaba un increíble camisón, a partir de la orla de astracán negro de su abrigo blanco. Que se fuesen sirviendo, que yo regresaba en un instante. Y sin otro protocolo, mientras les oía recomendarme la sustitución de la bata de seda por atuendo menos ramplón, me escabullí al pasillo, lo recorrí y, aún tembloroso, me lancé al dormitorio.

Aseguré el pestillo.

La atmósfera mefítica crujía al ritmo de sus ronquidos. Llegué a una de las dos butacas. Contuve la respiración.

Salvo que por ellas la amaba, siempre me irritaron las extravagancias de Tub. De ser yo Andrés, le retiraría hasta el dinero de la compra, para que no pudiese ponerle astracán a un abrigo de mil ochocientas, y de paño.

Desde que me había refugiado en el cuarto de trabajo, el pingo de ella se había traslada-

«Cuelga sangriento de la cama al suelo el hombro diestro del

do al borde de la cama y ahora *feroz tirano.*» le colgaban en el vacío la cabeza, un brazo, una pierna. Producía grima y también inquietud asegurarse, a la despiadada penumbra del ventanal, de las innumerables pecas de sus hombros, de la longitud de su espalda, de la prominencia de sus omoplatos. De volverla boca arriba, probablemente descubriría la momia más vetusta que nunca ocupó mi cama. Me aproximé de puntillas y la cubrí por entero con la sábana. El siguiente ronquido sonó más salvaje. Por la resonancia, indudablemente.

Y, en efecto, había hecho bien en correr el pestillo, porque Andrés estaba intentando abrir. Le grité que no alborotase, pero continuó alborotando para preguntar si sabía yo qué hora era y anunciar que Pablo y José María habían llegado. En seguida retomaba yo mi papel de anfitrión, le previne. Y Andrés, que, si tenía una mujer en la cama, le dejase entrar, bajo promesa de sigilo y posterior discreción. Cuando le mandé a la mierda que se merecía, se largó.

Me acuclillé junto a la melena que le pendía a la sábana, por si la proximidad engañaba a mi memoria y me dejaba adivinar cómo era aquel cuerpo, que en las últimas horas había tomado posesión de mis meninges. Pero, con la misma falta de imaginación que utiliza el cine para representar un rostro semiolvidado, únicamente en flou llegaba a visionar una fláccida piel sostenida por el maquillaje, unos ojos voraces y dos decrepitas bolsas. Respiraba, no obstante, aunque con esa rasposa ansiedad que proporcionan veinte copas cuando se ha sobrepasado la cuarentena y se es anglosajona; algo, en sonido, semejante al hongo atómico.

No sólo habían llegado José María y Pablo, sino que todos se habían acomodado, que daba gloria verlos. Bert, cruzadas las piernas y la espalda contra una hilera de poli-cíacas, dictaminó, en el más venenoso tono que su male-

volencia le sugería, que el asunto era claro como la luz del sol. Pregunté a qué sol se refería. Y Tub, casi al mismo tiempo que Bert decía que bueno, que si yo creía que ella –Bert– estaba dormida o estupidizada, nos recomendó no disputar. Precisamente yo creía que estaba dormida, pero no me importaba reconocer que quizás estuviese también estupidizada. La prueba es que se había embadurnado los párpados para venir.

–Pues, no. Para que te enteres, no me había desmaquillado todavía, cuando has empezado a dar balidos por el teléfono.

–Y ¿es que ahora estudias con traje de cóctel y tres dedos de cremas?

–O no estudiaba. Que tú siempre te las sabes. O, a lo mejor, no estaba estudiando, ya ves. Lo único que está claro, como la luz del sol, es que tienes a una en el dormitorio.

–Degollada –dije–. Últimamente degüello a las mujeres, a partir de las tres y media de la madrugada.

–Eres un genio –le entendí, entre risitas, a Pablo.

–Ni siquiera son las tres.

–Yo tengo y cuarto –dijo Andrés, tan especializado en recalcar lo notorio.

–Vamos..., vamos... ¿Me dejas que te sirva un trago?

–Si tuviese una mujer en el dormitorio –tendí mi vaso vacío a José María–, habría abierto las puertas y habría avisado a la vecindad.

–Y el negro ¿quería degollarte también o estrangularte? –preguntó Tub, encantadora, con esa capacidad de enroscamiento que solamente ella entre los vertebrados compartía con las serpientes.

–El negro inició el ataque.

–¡Qué maravilla! –suspiró Pablo–. No te perdono que no me hayas avisado el primero.

–Sólo avisé a Bert. En los momentos de terror uno recurre a lo más inútil.

Y era verdad. Porque, enzarzados como se enzarzaron en una conversación chillona y pulposa, resultaba evidente que no me servían para mucho, que, una vez más, su presencia acababa por ser tan descorazonadora como ineficaz. Bert masculloó que no, que la hilera de policíacas resistía y prosiguió en su alegato de que uno –yo– lo único que buscaba era publicidad. A Tub, cosa poco extraña, el whisky le estaba poniendo el alma de bolero y, de repente, le dejó en los ojos la fruncida sospecha de si habría montado yo el espectáculo con el propósito de inocularle celos. Sin embargo, mientras Tub trasladaba sus celos (por ocultarlos) hacia Bert y Andrés, yo me puse a pensar en lo sucedido y, ciertamente, no podía ni creérmelo, ya que ni estaba borracho en el «Malmö», donde había pescado aquella pieza del XVIII, ni más tarde, cuando la antigualla empapaba scotch, de bar en club y a mi cuenta, había bebido más de lo razonable en un tipo que recién ha ligado extranjera. Andrés preguntó si el negro había atacado armado de lanza, con hacha o a manos limpias, y yo le respondí. Quizás un poco alto. Provocado el silencio, Tub aprovechó para despegar del poof, cruzarse el abrigo sobre el camión con una mano y viajar, con el vaso a la altura de las mejillas, hasta mis alledaños.

–No me echarás la ceniza en el pelo, ¿eh?, monina –pidió Bert.

–No, hija, descuida –apoyó el vaso en mi cresta–. A mí me parece que todo ha sido una pesadilla.

Me aclaré la voz y dije que al carajo, al tiempo que la cosa me parecía realmente de pesadilla y, recosido el ambiente, me dejaban de nuevo en mi campana de desasosiego, como si fuese a ocurrir algo, como si hubiese olvidado yo que en esta vida nunca ocurre nada de nada. Que merezca la pena.

Entre banalidades, más o menos lacónicas, llevaban adelante el parloteo como cualquier otra de las infinitas noches que alcanzaban el chester, los butacones, la alfom-

bra, a hacer bajar el nivel de las botellas con la descarada premura con que el sol de agosto evapora los charcos. La pequeña diferencia estribaba en el obstinado proyecto de Bert de organizar expedición al dormitorio y cazar con red a la mujer que yo tenía allí.

–Degollada –repetí, asqueado de mi originalidad pleonástica–. Si no degüello a una mujer después de cenar, me entra insomnio.

–Tú ríete –dijo Bert–, pero...

–Yo, puedo asegurarlo durante horas, hace años que no me río.

–... estoy leyendo un libro que explica cómo el abominable asesino William Shakespeare empezó con esa broma de los insomnios.

–Se trataba, Bert, cielo –rectificó José María–, de un poeta que vosotros no habéis leído y que sabía como nadie volver la barca contra las saetas.

–Estoy –confesé– hasta el último pelo de literatura anglosajona, de vino de este anglosajón, de anglosajones...

–Espero que no lo dirás por mí –dijo Pablo.

–... y de la condenada invasión que ha sufrido esta castiza ciudad, que antes olía a churros y a tinta.

–Parece mentira que tú, ¡tú!, te pongas a hablar de política.

–Bert, te juro que no hablo de política, te juro que oí abrirse la puerta y vi al negro, que estaba el negro a punto de atacarme, y te juro que te llamé absolutamente enloquecido, como no lo estaba desde...

–Tu chica se va a despertar –dijo Tub–. O a impacientarse.

–... los siete años, cuando soñaba con chinos que me atacaban. Te lo juro.

–¿Pigmeo o watutsi?

–Entiéndele –explicó Pablo a Andrés–. Yo te entiendo.

–Gracias –agradecí, mis nervios ya en plan de vibrantes varillas metálicas.

–Lo que el muchacho dice –dijo, pesadísimo, como él sólo sabía ponerse cuando arrimaba el whisky a su sardina, Pablo– es que le atacó un negro. Pero nada de colonialismos, ni de impulsos reprimidos. Sencillamente, que el negro le atacó, él huyó para hacerle huir –asentí en silencio– y, aterrorizado, telefoneó a Bert y Bert, a Tub y a Andrés y Andrés, a José María y José María, a mí. ¿Por qué me dejáis siempre el último?

–Ahora habrá que llamar a los sanitarios, a la delegación japonesa y al Comité para represión del nazismo –dijo José María.

–¿Que delegación? –preguntó Tub.

–No existe Comité alguno encargado de reprimir el...

–¡Basta!

–Hijo –encadenó Bert– es la segunda vez que gritas como un mono mordido por ratas. Voy a prepararte un equanil.

–Lo extraño –dijo Andrés– es que desde los siete años no te haya atacado más veces el negro. De niño, ¿te contaba tu padre historias de cacerías africanas?

Gemí. Tub, a mi lado, se sujetó el abrigo, cruzándose los brazos sobre el estómago, y me dio un cariñoso y enaguatado rodillazo, al iniciar un discurso consolador.

–Abandona, guapa –dijo José María–. Obsérvale y comprenderás que la comprensión no le ayuda. Se me ocurre que quizá tengas encerrado al negro en el dormitorio, con la chica. ¿Se puede echar un vistazo?

Tragué el remedio equanalizador, consideré cómo le estaban dejando el living a Petra, yo mismo prescindí de los ceniceros, no pude más y me largué al dormitorio.

En la oscuridad, el silbido bronquial, con la insistente potencia de un mosquito trompetero, me intimidó. El cadáver yacía bajo la sábana, sin haber cambiado de postura. Encendí la lámpara globo del suelo y se hizo la suficiente claridad para visibilizar el caos. Un almohadón entre la desparramada ropa interior, zapatos y cigarrillos (de

ambos el todo), me dejó la relampagueante imagen de una boca crispada. De alguna manera, la longeva parecía oler el rebote de su aliento en la moqueta, con el mismo embeleso que sus podridos jugos convertidos en Chanel le habrían producido. Lo insólito de aquel hedor en el dormitorio era que no aparecían huellas de vomitona. Me senté al otro borde del ataúd y el fósil de New México, desquitándose en mi cama de sus buenos doscientos o trescientos años de puritanismo, bramó una serie regular de ronquidos. La inactividad y la depresión me estaban conduciendo al tedio, lo que me conduciría a imaginar los muslos de Tub y a Tub con poncho. De modo que, con la decisión del escolar que vuelve a su tarea provisionalmente abandonadas por la ensoñación, me alcancé el bolsillo de la yanqui –sobre uno de mis calcetines– y se lo registré.

Repugnaba que alguien circulase por las calles de nuestra ciudad con tales tarjetas de crédito, tales travelers cheques y, para un apuro, mil seiscientos ocho dólares, treinta francos suizos y ocho mil quinientas liras.

También llevaba moqueros de papel, un receptáculo aurífero conteniendo píldoras con aspecto de somnífero (si mis temores cronológicos se cumplían, no podían ser anticonceptivas), un llavero, una fortunita en industria francesa para la belleza facial, una localidad –de tres fechas pretéritas– correspondiente a contrabarrera del I, una nota con membrete de Compañía aérea y, dentro del catálogo del Museo del Prado, su pasaporte. Y (con tales simplicidades suele sorprendernos la vida a los que la identificamos con el barroquismo) efectivamente, no sólo era cierto el nombre con el que se había presentado en el «Malmö», sino que se apellidaba Tribune, de donde resultaba, por una suma lógica, ser Mary Tribune.

–Huuuummm... –rezongó, de improviso, el pecoso esqueleto de Mary Tribune a mis espaldas–. ¡Qué relajo más bueno, darling...!

Precipitadamente cerré el bolso.

–¿Estás despierta? –pregunté, ya que me avergonzaba preguntarle si estaba viva.

–No –dijo, al otro lado de la sábana, con una de mis manos sobre su nuca.

–Te has cogido una tajada mortal –le advertí, por si, al emerger de las brumas, tenía dudas respecto al origen de su estado.

Y, sin venir a cuento, respondió:

–Me has dado mucha felicidad.

Yo, que no recordaba haberla violado, sin posibilidad de previsión, ni retirada (lo que era peor, sin tiempo para reconocer sus facciones), me sentí sujeto, enturbantado por la sábana, ahogado por un aliento tan espumoso y potente como las resacas del Pacífico de su tierra. Cuando logré volver a sentarme y –mucho más tarde– conseguí desprenderme del lienzo, ella –Mary Tribune– no estaba tratando de arreglarse el peinado, erguidos sus brazos, tenso su cuerpo, porque ella –la sonriente mujer que me miraba– era una dicha mareante, que enturbió la noción de mi personalidad, ya que (y nadie mejor que yo lo sabía) jamás yo había tenido a la distancia de mis dedos semejante cuerpo, en estado natural, ni nunca arquetipo tal me había obligado a considerar cuánta juventud, qué enloquecedora armonía y fastuosidad, cuánta asfixiante belleza corre por esos mundos. Como de treinta años.

–¿Qué edad tienes?

–Oh, ¿me ves vieja?

–Todo lo contrario, corazón.

–Siempre me he cuidado mucho.

Y, de verla tan bonita, tan victoriosamente tontuela, la ternura (o cualquier otra cima del erotismo) me ablandó los músculos risorios, hasta que Mary gimió:

–Mi amor loco... –cubrió con sus manos las mías, atezándolas–. Debes creerme, darling es la primera vez que...

–Oye, virgen de Brooklyn –le interrumpí– no me vayas a hacer una escena de arrepentimiento y recriminación. Yo te encontré en el «Malmö», hablamos, tomamos unas copas, vinimos aquí, me fui al baño, volví, estabas desnuda sobre la cama, desnuda por tu propia voluntad, y, luego, de lo único que me acuerdo es que me despertó el negro, cuando avanzaba por el pasillo hacia esta habitación.

Su sonrisa denotaba que, para la intelección, yo hablaba un castellano insuficientemente americanizado. Y, por la pasión, demasiado rápido.

–¿Qué negro? –dijo, no obstante.

–Uno que estaba en el pasillo. ¡Y estaba! –grité–. Aunque nadie se lo crea, ni siquiera yo esté dispuesto a convencer a nadie. Pero había un negro.

–Coloreados de esos los hay por todas partes, mijo –dijo, con el abúlico tono de un senador sureño–. Yo decía que es la primera vez que me besa un hombre en la misma noche del conocimiento.

Conforme, lo creía, que cuadraba con mis esquemas del matriarcado USA. Mientras se apeaba del colchón, buscaba sus zapatos, se restregaba desodorante en las axilas y gorgojeaba su felicidad, encendí un cigarrillo y me puse a planear cómo despejar la casa de visitantes, incluida Mary. Pero Mary se interrumpió y preguntó qué voces eran las que se oían tras los muros. Yo precisé que las voces sonaban en el living. Y ella repreguntó que quiénes eran los voceros. Que unos amigos, aprestados a mi socorro, por lo del negro, y que se habían instalado tan ricamente a ver cuándo le veían el culo a las botellas.

–¡¿Españoles?! –gritó Mary, con el júbilo de una señora de Badajoz perdida y hallada en una selva centroafricana.

–Sí –dije–, españoles y de la capital.

–Quiero conocerlos.

–Y, después, querrás ser amiga suya, acostarte con ellos y desembarcar en alguna isla del Caribe. Es para

pensar que realmente sois unos imperialistas.

Pero me callé, porque, como aseguraba Andrés –o Bert–, aquella noche estaba emperrado en hablar de política.

–Adoro a los españoles.

–Claro, encanto. España es diferente.

–Lo es.

–En cualquier país del mundo yo estaría ahora durmiendo a pierna suelta.

–En cualquier país del mundo no habría encontrado a nadie parecido a ti. ¿Sabes que mañana a la tarde parte mi vuelo?

–Sí, ya he visto que te vas por la tarde. Y que tienes que recoger a las doce en las air lines tu pasaje.

–¿Por qué el último día de los viajes es el más dichoso?

–Porque es el último día –le expliqué, dispuesto a no conmovirme por el conato de despedida, con lágrimas y majorettes, que se me venía encima.

–En Pago-Pago –comenzó a recordar– acababa de reconciliarme con mi marido.

–¿Con cuál?

–Sólo he estado casada una vez –se sentó a mi lado, en el borde de la cama, las manos pegadas entre los muslos–. En Pago-Pago, Bill y yo nos reconciamos aquella noche, después de haber estado disputando una semana, precisamente aquella noche que era la última. Bill estuvo de pelea toda una semana por derrotar mis tontos celos. ¿Se dice tontos celos?

–Sí, se dice.

–Cerramos el acondicionador de aire, abrimos la terraza, sudábamos, lloré, reíamos, éramos felices como luego ya no he sido feliz, casi no dormimos. A la mañana, Bill regresó a Okinawa y yo volvía a Nueva York.

–¿Cuándo os divorciasteis?

–No nos divorciamos –dijo–. Bill fue muerto en Corea.

Mary conservó una sonrisa húmeda, más de ausente que de loca, aunque también con su ribete de enajenada. Le di una palmada, quizá demasiado fuerte, en los costillares, que la hizo reaccionar, levantar la cabeza, sonreír de otra manera menos impresionante, acariciarme una mejilla.

–Y te viniste a España.

–Antes estuve seis veces en Italia.

–Italia está muy bien, ¿no? Quiero decir que en Italia te lo pasarías comme il faut.

–Iba con las del Club. La gente italiana no me gusta.

–España es diferente.

–Además, que algunas amistades me pedían no viajar, contaban sucesos horribles. Hasta que el último invierno, en el Club, mistress Dinkels me enseñó fotos de ella misma en una playa española y ella sabía que mis prejuicios se estimaban exagerados. El propio mister Dinkels negocia en España y le fascina España. Querida, me decía, la solución a tu problema es ese hermoso país.

–¿Qué problema tenías?

–No sabía dónde elegir. Dudaba entre Sudamérica e Islandia. Sudamérica ya conozco. Islandia es aburrido, oí en el Club. Y...

–Y cogiste tu dinerito...

–¿Qué dinerito?

–La plata. Cogiste la plata y a los toros.

–Es bello los toros.

–Bellísimo. ¿Has estado en Toledo?

–Y en El Escorial y en Granada y en Córdoba y en el Museo del Prado y en la Plaza Mayor, cenando, y compré una montera y unas banderillas y he tomado películas y fotos y estoy muy dichosa y volveré y quiero volver muy pronto.

–Mi querida Mary Tribune, España es diferente.

–Ya lo habíamos dicho –se puso en pie, azotándose un muslo, quizá para restablecer la circulación–. Yo no soy